

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES.

Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 38.

SUMARIO.

UNA LIMOSNA POR AMOR DE DIOS, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—POESIA, por J. Zorrilla.—UN MAR SIN PUERTO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

UNA LIMOSNA por el amor de Dios

para

LAS DESGRACIADAS VÍCTIMAS DE LOS TERREMOTOS
ocurridos el 25 de diciembre de 1884.

Muy pocos dias hace que, desde las columnas de este humilde semanario, levantaba mi voz en nombre de la caridad enalteciendo sus excelencias, describiendo los beneficios que derrama en torno, y los santos goces de que inunda las almas que la practican.

Hoy, con el espíritu lleno de tribulacion,

con el corazon lleno de angustia, temblando de espanto y de horror, intento en vano pronunciar una palabra en nombre de esa misma caridad tambien; mi acento solo puede ser una queja, un ¡ay! de agonía, y las frases que estampo en el papel son un sollozo amargo; porque mi pluma está mojada en lágrimas.

En lágrimas que no puedo contener: en lágrimas que arranca de mi alma el espectáculo de un infortunio terrible; supera á cuanto la mente puede alcanzar, porque proviene de un desastre espantoso y como no se registra otro alguno en los fastos de nuestra historia.

De un infortunio que no me es dado remediar, pero que me obliga á tender mi mano suplicante y á murmurar con una voz ahogada entre el llanto, «una limosna por amor de Dios», para las infelices víctimas de la horrible catástrofe de la triste noche del 25 de Diciembre de 1884.

«Una limosna por amor de Dios», no para el pobre que esconde su miseria en el fondo

de un hogar frío y desmantelado; sino para los pobres que han perdido su hogar! para los pobres que no tienen ya refugio alguno!

«Una limosna por amor de Dios», no para cubrir la desnudez de esos niños que temblando de frío, hallan su solo abrigo en el mismo seno que les diera la vida, sino para los tristes huérfanos que han perdido el calor de los besos de su madre!

«Una limosna por amor de Dios», no para la esposa que ve al amado de su alma desfallecer agobiado bajo el peso de un trabajo excesivo y constante, sino para las infelices viudas que ni aun pueden llorar sobre el cadáver del esposo, porque sus restos putrefactos están envueltos entre montones de piedras y ruinas!

«Una limosna por amor de Dios», no para el anciano decrepito, que enfermo y habriento espera temblando el duro pedazo de pan amasado con el sudor del hijo adorado, sino para los desventurados padres, cuyo amor y cuya esperanza yacen sepultados para siempre bajo horribles escombros, sin una tumba y sin una cruz!

«Una limosna; una limosna por amor de Dios», para los que ayer tenían familia, amores, esperanzas, porvenir, y en un día... ¡que digo en un día! en un solo instante, todo lo han perdido, todo! hasta la razón quizá! por que sería imposible resistir con ella tantos dolores.

Oh! la existencia de los infelices supervivientes al terrible siniestro de esa noche cruel, es un tormento sin nombre; una mezcla indecible del espanto y la agonía del alma, y de los sufrimientos y los martirios del cuerpo.

Es un día sin luz, con hambre y hielo y horror.

Es una noche sin aurora, poblada de llanto y de gemidos y de aflicción!

Es una vida peor mil veces que la muerte, porque no tiene su reposo ni su insensibilidad ni su quietud.

Solos, sin un techo que les cobije, sin un solo objeto que simbolice á sus ojos el ayer!

Temblando de frío, y sin un giron de tela con que cubrir su desnudez!

Sintiéndose morir, y sin tener un miserable lecho, una pobre almohada donde reclinar la cabeza, abrumada por la fiebre y por el delirio!

Queriendo sentir, llorar á los que perdieran, y sin tener ya lágrimas, porque sus ojos están secos y su espíritu petrificado!

Sin consuelo, porque nadie puede prestarle: sin esperanza, porque la esperanza no se abre paso al través de tanta destrucción: sin mañana y sin ayer, porque su ayer y su mañana están sepultados bajo las ruinas de sus hogares!

Ay de mí! ¿dónde habrá pobreza tan amarga y desoladora, como esa pobreza tan absoluta como inesperada?

¿Dónde habrá dolores tan acerbos, como esos dolores sin lenitivo ni calmante?

¿Dónde habrá una soledad mas triste y angustiosa que la profunda soledad de esas almas que de una vez y en un solo instante han perdido todas las dichas, todas las alegrías, todos los amores de su corazón?

Oh! ninguna; es imposible, es imposible que las haya, como tampoco puede existir bálsamo que cure tales llagas, lenitivo que calme tales pesares.

¡Solo Dios, cuya mano cuenta el tiempo y deja deslizarse lentamente las horas, mezclando á ellas el olvido y la resignación y la fe podrá cicatrizar algún día las heridas de esas pobres almas, y dar algunos momentos de triste paz á esos corazones probados en el crisol de tal y tan amarga tribulación.

Solo también ¡ay! solo la caridad cristiana podrá á la par hacer menos ardientes esas lágrimas, menos desconsoladores esos sollozos, acudiendo en auxilio de esos infelices hermanos nuestros, que muy cerca de nosotros se mueren de frío, se mueren de hambre, á la vez que de pena y dolor.

Acudamos en su auxilio con nuestros donativos, con nuestros esfuerzos, con nuestro afán.

Ayer os pedía lo inútil, lo superfluo para

socorrer á los necesitados; hoy os pido mas, hoy os pido parte de lo necesario, parte de lo preciso, porque á grandes infortunios grandes remedios tambien!

Y no creais que aun así exijo mucho de vuestra caridad.

No! mi demanda es justa, mi demanda es lejitima.

Yo pido por los que nada tienen á los que todo lo poseen; y ¡ay! vosotros lo teneis todo!

Mirad en derredor; vuestros padres os bendicen, vuestros hijos os sonríen, vuestras esposas os aman!

Aun podeis hallar el asiento que os brinda descanso, el lecho que os da abrigo en las horas de sueño; la imájen ante la cual acaso vuestra madre os enseñó á orar, el sencillo rosario cuya cruz os hizo besar!

Nada os falta!

Amores, esperanzas, recuerdos, todo está como ayer!

Ay! de vosotros si lo hubieseis perdido!

Ay! de los infelices que han sentido temblar la tierra bajo sus pies y caer entre escombros su vida entera!

Socorro y consuelo, y caridad para ellos.

Pensad que Dios bendecirá esos esfuerzos.

Pensad que vuestros dones serán un inmo de accion de gracias por haberos librado de tales horrores!

Oh! yo sé que me oireis! porque aunque mi voz es debil, el gemido de los desgraciados vibra en ella, y el gemido de los desgraciados halla eco en todos los corazones.

Yo só que me oireis, y que hareis un gigante esfuerzo, y vendreis á depositar vuestro obolo en una mano activa y generosa, la mano que hoy sostiene la bandera de la caridad en mi hermosa y pobre ciudad.

Las columnas de «El Defensor de Granada» ostentan miles de nombres, de personas que se han asociado á la santa obra de consolar á los tristes, allí mejor que en parte alguna podeis entregar vuestros dones, allí podeis enviar vuestros socorros, seguros de que les darán una inversion tan rápida como acertada.

Allí, sembrando la semilla de vuestros beneficios, harán que broten en esos corazones tan angustiados hoy, las hermosas flores de la gratitud, que envueltas entre la nube de sus perfumes elevarán vuestro nombre al cielo.

Al cielo, donde tienen premio las acciones grandes y generosas; al cielo, donde los ángeles escriben con luz nuestras buenas obras, y á donde la caridad, que es el amor, tiene su augusto trono en el corazon mismo de Dios!

Enriqueta Lozano de Vilchez

El Reloj.

Es una verdad que parece sueño.

*Cuando en la noche sombría
con la luna cenicienta
de un alto reloj se cuenta
la voz que dobla á compas;
si al cruzar la estensa plaza
se ve en su tarda carrera
rodar la mano en la esfera
dejando un signo detras,*

*Se fijan allí los ojos,
y el corazon se estremece,
que segun el tiempo crece,
mas pequeño el tiempo es;
que va rodando la mano
y la existencia va en ella,
y es la existencia mas bella
porque se pierde despues.*

*¡Tremenda cosa es pasando
oir entre el ronco viento,
cual se despliega violento
desde un negro capitel,
el son triste y compasado
del reloj, que da una hora
en la campana sonora
que está colgada sobre él!*

*Aquel misterioso círculo,
de una eternidad emblema,
que está como una anatema,
colgado en una pared,
rostro de un ser invisible
en una torre asomado,
del gótico cincelado
envuelto en la densa red,*

*Parece un angel que aguarda
la hora de romper el nudo
que ata el orbe, y cuenta mudo
las horas que ve pasar;
y avisa al mundo dormido,
con la punzante campana,
las horas que habrá mañana
de menos al despertar.*

*Parece el ojo del tiempo,
cuya viviente pupila
medita y marca tranquila
el paso à la eternidad;
la envió à reir de los hombres
la Omnipotencia divina,
creó el sol que la ilumina,
porque el sol es la verdad,*

*Así à la luz de esa hoguera
que ha suspendido en la altura,
crece la humana locura
mengua el tiempo en el reloj;
el sol alumbra las horas
y el reloj los soles cuenta,
porque en su marcha violenta
no vuelva el sol que pasó.*

*Tremenda cosa es por cierto
ver que un pueblo se levanta,
y se embriaga y rie y canta
de una plaza en derredor;
y ver en la negra torre
inmóvil un reloj marcando
las horas que va pasando
en su bàquico furor,*

*Tal vez detrás de la esfera
algún espíritu yace,
que rápidamente hace
ambos punzones rodar:
quizà al declinar el día
para hundirse en Occidente,
asoma la calva frente
el universo à mirar.*

*Quizà à la luz de la luna,
allà en la noche callada,
sobre la torre elevada
à meditar se asentó:
y por la abierta ventana,
angustiado el moribundo,
al despedirse del mundo
de horror transido le vió.*

*Quizà asomando à la esfera
las noches pasa y los días,
marcando la hora postrera
de los que habrán de morir,
quizà la esfera arrancado,
asome al oscuro hueco
el rostro nervioso y seco
con sardónico reir.*

*¡Ay! que es muy duro el destino
de nuestra existencia ver
trazado en una pared.
Ver en número escrito
de nuestro orgulloso ser,
la miseria... el polvo... nada,
lo que será nuestro fue.
Es triste oír de una péndola
el compasado caer,
como se oyera el ruido
de los descarnados piés
de la muerte que viniera
nuestra existencia à romper:
oír su golpe acerado
repetido una, dos, tres,
mil veces, igual, continuo
como la primera vez;
y en tanto par el Oriente
sube el sol, vuelve à caer,
tiende la noche su sombra.
y vuelve el sol otra vez,
y viene la primavera,
y el crudo invierno despues;
pasa el ardiente verano,
pasa el otoño, y se ven
tostadas hojas y flores
desde las ramas caer.
Y el reloj dando las horas
que no habrán mas de volver;
y murmurando à compàs*

*una sentencia cruel,
susurra el péndolo.—Nunca!
Nunca! Nunca! —vuelve à ser
lo que allá en la eternidad
una vez contado fué.*

J. Zorrilla

UN MAR SIN PUERTO

Novela original

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez

(Continuación.)

Como no tenía madre, en aquel naufragio de su alegría buscó un puerto á las plantas de la madre de Dios.

Después de estrechar por última vez la mano del hombre que amaba, después de decirle mil veces «adiós», de entregarle la cruz que llevaba al cuello desde niña y derramar en su seno las postreras lágrimas, Consuelo dirigió una mirada en torno y se halló aislada enteramente.

Las que sufrían su misma pena no tenían llanto para los dolores ajenos, abismadas en su propio duelo.

Las que eran felices, huían de ella ó la miraban indiferentes.

Una idea extraña acudió entonces á su mente; pensó en su madre! en su madre que reposaba en el cementerio de la aldea hacia ya muchos años, pero que en aquel momento la miraba quizá desde el cielo.

El amor de las madres no se estingue ni aun bajo la piedra de los sepulcros!

Consuelo instintivamente lo sintió así, y fué á buscar entre los muertos lo que no hallaba entre los vivos.

Salió del pueblo, y se encaminó al panteón. Allí

iba á llorar libremente, el lugar al menos estaba en armonía con el estado de su espíritu!

La infeliz franqueó aquella puerta, tras la cual estaba la nada de la vida, ante lo inmenso de la eternidad.

Trémula, dolorida, moribunda, se dejó caer de rodillas junto una pobre cruz fija en la tierra.

Allí reposaba muerta, la que le había dado la vida.

Consuelo lloró mucho! rezó también por largo rato, y mas y mas que nunca se lamentó de su soledad.

En medio del silencio que la rodeaba creyó percibir algunos gemidos.

Volvió la vista, pero nada halló en torno.

Juzgó que sería una ilusión de su mente, y sobresaltada y presa de un temor sin nombre, se dispuso á salir de aquella mansión.

Pero al dar algunos pasos, los sollozos se hicieron mas perceptibles y los suspiros mas distintos.

Salió resueltamente, mas al traspasar el dintel de aquella augusta morada, vió arrodillada junto á la humilde tapia una muger vestida de luto y llorando también junto á una fosa reciente.

Pero ¡ay! que aquella fosa no estaba abierta en tierra bendita, ¡ay! que aquella fosa estaba aislada y sin la sombra de una cruz, ¡ay! que el infeliz que dormía en ella había sido rechazado por los hombres y rechazado por la religión.

Era un suicida!

El llanto que regaba aquella tumba era mas doliente, mas desesperado, mas sin nombre, que todas las lágrimas derramadas en aquel lugar!

Consuelo sintió en su corazón algo que la arrastró hacia aquella infeliz cuya desgracia era superior á la suya.

Se acercó á la pobre muger á quien casi no pudo conocer por la terrible alteración de sus facciones, y sin decirle una palabra se postró en la húmeda tierra y oró á su lado.

La enlutada bajó los ojos y los fijó en la joven primero con estravio; con asombro después.

—Consuelo! murmuró con voz débil, Consuelo! ¿eres tú?

—Gabriela! respondió la niña, conociendo aquella voz, cómo? V. ¡Dios mío! que cambiada!

—Un día de los dolores que yo sufro, envejecen por diez años, hija mía, y llevo muchos de sufrir ¡ay! es muy triste llorar por un ser á quien los hom-

bres acriminan; velar junto á un sepulcro que no está rociado con agua bendita! orar por un alma que la iglesia olvida en sus preces!

—Dios mio, exclamó Consuelo estremecida: y yo que me creía la mas desgraciada!

—Y ademas de todo esto, prosiguió Gabriela con mayor angustia y con espresion delirante, verse sola, olvidada, abandonada por todos! rechazada en todas partes como si un estigma terrible sellara mi frente!

—Olvidada, abandonada! ¿pues no tiene V. á su hijo? preguntó la niña con natural asombro.

—Oh! no le nombres, por él murió su padre, por él moriré yo!

—Pero dónde está?

—Lo ignoro! ha huido... no sé á que parte, quizá no pudiendo soportar la vista de estas gentes que le acusan de la desgracia de sus padres, ha tenido vergüenza de sí mismo, y se ha marchado... se ha marchado para no volver.

El rostro de aquella desventurada, estaba pálido como el de un cadáver, sus ojos estraviados y brillantes, y el horrible frio de la calentura estremecía todo su ser.

Consuelo le cogió una mano y la sintió temblar entre las suyas!

Ay! Gabriela no mentía! estaba próxima á morir!

—Pero porqué ha venido V. aquí?

—Para morir! respondió la anciana, para morir al lado de Pedro!

—Oh! eso es imposible! no debe ser! venga V., venga V. lejos de estos sitios que angustian el alma, vámonos por Dios!

—Y á dónde he de ir? la justicia á embargado mi casa, mis muebles... no tengo asilo! déjame aquí!

La noble jóven ante aquella miseria olvidó sus pesares, mas aun se creyó dichosa y bendijo al cielo porque aun ella podía esperar!

Sevió fuerte, jóven, llena de vida y levantó á Dios el pensamiento lleno de una sublime resolucion.

Se quitó su propio pañuelo y envolvió con él á la anciana, ayudándola á levantar.

—Hija mia! murmuró esta agradecida, hija mia!

—Sí, lo seré, dijo Consuelo con energía, lo seré, trabajaré para V., no la abandonaré y la amaré como á una madre! y así añadió por lo bajo, así el ángel de mi guarda contará á Dios esta buena accion, y Dios tendrá piedad de Damian y le salvará de todo peligro.

Gabriela, presa de una terrible enfermedad estuvo muchos dias entre la vida y la muerte.

Consuelo no la abandonó un instante.

Partió con ella su lecho, su hogar, el pan que el trabajo ó la caridad ponian en sus manos, y á fuerza de cariño logró, aunque tras largos dias de afan, derramar algunas gotas de bálsamo en las heridas de aquel corazon.

Lentamente, muy lentamente la muerte fué dejando su presa, y la desolada madre volvió á poner el pié en los caminos de la vida.

La prometida de Damian multiplicó entonces sus afanes.

Los trabajos mas rudos, las faenas mas penosas, no eran pesadas para ella, siempre que con el miserable jornal que la producian pudiera alimentar á la que llamaba su madre.

¡Oh! los que no han vivido del trabajo, y del trabajo de una muger prestado en una pequeña aldea, no pueden nunca calcular las horas deagonia que Consuelo tuvo que soportar.

Y sin embargo era feliz!

Tenia una madre, tenia con quien hablar de Damian, tenia con quien forjar sus sueños para el porvenir!

—Cuando él vuelva, solia decir á Gabriela en sus momentos de expansion, cuando él vuelva tendrá V. dos hijos, porque Damian me ha bendecido por lo que llama mi buen corazon. El trabajará para ambas, y nada nos faltará. Luego... quizá podamos reunir algun dinero y marchar á la ciudad, donde acaso encontraremos á Fausto, á ese hijo por quien llora V. siempre, y á quien no ha vuelto á ver, y entonces, él la hara olvidar sus penas y podrá ser menos infeliz.

La viuda de Pedro abria su alma á esta dulce esperanza y sus lagrimas eran entonces menos amargas.

Así pasó mucho tiempo.

A, algunos meses, algunos años.

Damian escribia cada mes una carta, en la que daba cuenta de su vida entera.

Como era honrado, y sufrido y bueno. sus jefes le querian, y vivia en clase de asistente con uno de ellos.

Cuando supo que Consuelo habia recogido en su casa á la madre de Fausto, de aquel que hubiera ocupado su lugar sin la desastrosa muerte de Pedro, sintió en su corazon un sentimiento extraño y desconocido.

Sin la muerte de aquel hombre, sin su loco amor por aquel hijo indigno, el permanecería aun en su aldea, seria ya esposo de Consuelo.

Casi podia acusar de su desgracia á aquella familia! Pero al saber la accion de Consuelo, la abne-

gacion de la jóven se trasmitió tambien á su alma.

Por ella conocía el abandono de Gabriela, su vida de amargura, su miseria... todo, y conmovido y admirado ante la santa virtud de la que iba á ser la compañera de su vida, se juró así mismo hacerse digno de ella imitándola en lo posible.

Así pues, en sus cartas llamaba madre á la anciana, y juraba reemplazar al hijo por quien tanto sufría.

En su sencilla fé, en su modestia humilde, Damian creía que el aprecio de sus superiores, el haber salido ileso siempre en los peligros que rodean la existencia de un soldado, era el premio que Dios concedía á la generosidad de su amada.

Oh! y ¿quién sabe si tenía razon?

Quien sabe el mal que aparta de nosotros una plegaria fervorosa, una gota de llanto enjugada, una buena accion cualquiera que sea.

¿Negaremos por ventura que la oracion es un lazo que liga la tierra con el cielo? ¿ignoramos que Dios cuenta nuestros pasos, oye nuestras súplicas, y atiende á nuestras oraciones?

Oh! desgraciado del que lo ponga en dudá! cuantos consuelos, cuantas esperanzas le fatarán en este mundo!

Gabriela habia hecho cuantas gestiones estaban en su mano para adquirir noticias de Fausto. Pero todo fué en vano!

¿Qué podía en verdad hacer una anciana, pobre, enferma, ignorante de las costumbres y de las cosas del mundo? Nada.

Cuantas veces habia querido ir á Madrid y preguntar á todo el mundo por su hijo, y aun recorrer las calles dándole voces y repitiendo á gritos su nombre.

Pero ¡ay! esto era imposible! estaba casi baldada, estaba débil, sin fuerzas para ir á pie; sin recursos para pagar los gastos de un largo viaje!

Mas siempre, siempre, de dia, de noche, á todas horas, su único sueño, su solo afán, era ir en busca de Fausto, verle, estar á su lado, abrazarle antes de morir!

Pobre muger, pobre madre, pobre Gabriela.

Damian anunció al fin su pronta vuelta á la aldea.

Aquel dia, lo fué de fiesta para la enamorada Consuelo.

Cuantas dulces alegrías, cuanto gozo suave y puro inundaran su corazon!

La anciana tambien participó de aquella ventura.

Allá en el fondo, muy en el fondo de su corazon la venida del jóven daba lugar á una esperanza,

Llegó por fin el instante anhelado.

El soldado distinguió á lo lejos el campanario de la aldea, y con la mano colocada sobre el pecho aspiró la brisa de los campos donde ya volvía para no abandonarlos jamás.

A una gran distancia del pueblo, y al volver un recodo del camino, su corazon redobló sus latidos; y sus labios pronunciaron un nombre, tan dulce como la muger que lo llevaba.

El nombre de Consuelo.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchex.

Advertencia.

En los números 32 y 33 de nuestra revista hemos tenido el gusto de publicar tres poesias del Sr. Martinez Dúran, tanto por rendir un homenaje de admiracion á su autor, como porque nuestros lectores conocieran algunas obras del malogrado poeta, pero debemos advertir que en vez de los títulos que llevan, deben tener el de «Fragmentos» y que la que lleva por lema «Amor de madre», no debe estar dividida en cuartetas, lo que hacemos constar por ruego de un hermano del Sr. Dúran.

Seccion Doctrinal.

(CONTINUACION).

El velo blanco.

Pero como nada de esto era suficiente, el niño pensó en correr al vecino monte y traer una carga de leña para encender una gran lumbre y reanimar así á la anciana.

Ligero como el pensamiento salió de su casa, cuando mediaba la tarde y cuando por desgracia espesos copos de nieve empezaban á caer de las plumizas y densas nubes.

Gabriel tembló de frío, pero pensó en su abuela y siguió adelante con el afán de serle útil.

Un cuarto de hora despues se hallaba en medio del monte.

Empezó á formar su haz de leña, y cuando ya le tuvo hecho, le cargó sobre su espalda y en corvado bajo aquel excesivo peso emprendió el camino de la aldea.

Mas ¡ay! aquella carga era mayor á la que el pobre niño podia soportar, y cayó agobiado por ella en medio de la senda que seguia. El golpe lo desvaneció, y quedó en el suelo por algun tiempo. La nieve que caia con abundancia paralizó sus miembros y entumeció sus manos hasta el punto de no poder levantarse.

Gabriel sintió que sus ideas se confundian, que se desvanecía su vista, que sus ojos se cerraban.

Pero fuese ilusion, fuese un ensueño de su mente, el niño creyó ver un hermoso arcángel, el de su nombre, descender del cielo, llegar al árbol á cuyo pié se hallaba, é inclinándose sus ramas, formar con ellas un ancho velo que le cubrió del aire y de la nevada.

Bajo aquel abrigo inesperado Gabriel sintió que un dulce calor se extendia por sus miembros, que el dolor se calmaba, que, el miedo desaparecia, y que sus sentidos se adormecian con una tranquila soñolencia.

Poco á poco sus ideas se fueron confundiendo, sus ojos se cerraron y se quedó dormido con un suave y apasible sueño.

Entonces el niño desvalido y huérfano, pero bueno para su abuela, compasivo para su ancianidad hasta el punto de sacrificarse por serle útil, soñó que la Virgen Maria, rodeada de ángeles y acompañada del Niño Jesus, se acercaba á él, le cubria con su manto, besaba su frente, y estrechando sus manecitas heladas.

—Ten valor hijo mio, le decia con una voz suave como una música del cielo: ten valor, yo soy la Madre de la Santa Esperanza, que vengo á premiar tu amor á la pobre anciana á quien tanto amas y respetas, y que es tu madre dos veces. El ángel de la guarda ha batido sus alas y ha llegado hasta el cielo para contarme tu buena accion, y yo he venido á presenciarla y á asegurarte que siempre estoy al lado de los niños buenos, y que serás feliz desde ahora.

Y la hermosísima Señora acariciaba á Gabriel, y son-

rela mirándole; y los ángeles le cercaban contemplándole con amor.

Aquel ensueño celestial duró mucho tiempo sin duda, pues cuando el huérfano despertó brillaba la luz de un nuevo día.

El árbol protector habia elevado sus ramas de nuevo, y algunos alegres pajarillos escondidos entre sus hojas saludaban con sus cantos la apacible claridad del alba.

Gabriel se levantó, sin explicarse lo que le pasaba. Tomó el haz de leña que aun estaba á su lado, y emprendió su marcha por el espeso monte.

Sin saber por qué su carga le parecia menos pesada y andaba sin trabajo alguno, pareciendo que sus piés no tocaban á la tierra.

Apenas habia andado algun tiempo y cuando ya se hallaba en medio del camino real, se detuvo un instante para dejar paso á un magnífico coche de viaje, que marchaba al paso de cuatro poderosas mulas.

Casi estas le hubieran atropellado en su carrera, si una voz fresca y varonil no hubiese gritado desde adentro:

—Ese niño! cuidado con ese niño!

Gabriel alzó sus hermosos ojos y los fijó en el desconocido.

Yo no sé que habria en la expresion de su mirada: no sé si la Virgen querria empezar á cumplir su promesa; ello es que el viajero reparó en la belleza del huérfano y compadecido de su desnudez quiso socorrerle y remediar su infortunio. Hizo detener el carruaje y dirigió al niño algunas preguntas á las que este contestó con la ingenuidad de los pocos años.

El desconocido reflexionó un breve instante, y despues mandó á Gabriel que le guiase á su casa.

El niño obedeció.

Pocos minutos despues ambos entraban en la miserable cabaña donde la infeliz vieja se hallaba tendida en su pobre jergon.

El viajero se informó de su estado, examinó su pulso y declaró que aquel mal podia tener remedio.

Aquel hombre era un famoso médico, que venia de hacer una cura prodigiosa á un rico señor del pueblo inmediato.

Dios tocó sin duda en su corazon, pues compadecido de aquel infortunio se ofreció á visitar á la anciana, socorriéndoles lagarmente.

Merced á su ciencia, la pobre baldada recobró la salud: pero en aquellas visitas, el buen doctor tuvo tiempo de conocer cuanto valia el alma de Gabriel, y enamorado de su bondad y de su dulzura no titubeó en temarle bajo su proteccion.

Gabriela estudió con afán, con el anhelo de ser útil á su abuela y á su protector, y algunos años despues el niño desvalido era un excelente médico, á quien la Virgen Santísima daba su proteccion, bendiciendo todas sus obras y facilitándole el camino de la prosperidad y de la suerte.

Continuará

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de La Madre de Familia, Darro 15.